

de esta incommovible base en cualquier género de estudios.

Observó Römer que el tiempo empleado en los periódicos eclipses del primer satélite de Júpiter iba aumentando cuando la Tierra caminaba desde la *oposición* á la *conjunción*, y viceversa cuando iba de ésta á aquélla. Apreció el tiempo transcurrido entre dos inmersiones del satélite en el cono de sombra proyectado por Júpiter cuando la Tierra se encontraba en oposición, y vió que era de 42^h 28' 48". Tardando nuestro planeta seis meses en ponerse en conjunción con Júpiter, calculó la hora á que debía comenzar el eclipse en esta posición de los astros, encontrándose con que la prevista inmersión se había adelantado los 16' y 56" que antes había tenido de retraso; de lo cual dedujo lógicamente que la luz tardaba en recorrer el diámetro de la órbita terrestre 16' y 56". Todos los sabios han reconocido el mérito de Römer en descubrir un procedimiento tan científico é ingenioso para medir la extraordi-

caria velocidad de la luz. Mas en el momento en que separamos de la idea de la atracción la nota esencial y característica de ser una fuerza necesaria y sujeta á las reglas del cálculo, Römer y todos sus admiradores descenderían desde la encumbrada esfera de eminentes sabios á la de míseros y presuntuosos ilusos, que, no contentos con ser víctimas de su ignorancia, tratan de arrastrar por el mismo camino á sus semejantes. Porque, ¿qué consecuencia lógica puede deducirse de los datos observados por el sabio citado, si la fuerza de gravitación no es ciega y necesaria? Absolutamente ninguna; como nada se sigue de que un hombre ande un kilómetro un día en media hora, pues al día siguiente puede hacerlo en una, y al otro en un cuarto.

Nadie, á no querer dar quince y raya á los mayores mentecatos que han comido pan, puede tachar de ilusos á los que, fundados en la necesidad de las fuerzas físicas, se han coronado de gloria por sus descu-

brimientos físicos ó se han proporcionado un porvenir desahogado ó una colosal fortuna por la aplicación industrial de los mismos. Así como tampoco puede nadie dudar de los fenómenos pronosticados cuando proceden de causas sujetas á las leyes matemáticas.

Por el contrario, al defender la identidad de las fuerzas físicas y de las psíquicas, y por tanto la carencia de espontaneidad en las segundas, se suprimen del templo de la ciencia sus más gloriosas figuras, debiendo ser sustituidas por las pitonisas y augures. ¡Cuán cierto es que los extremos se tocan! Increíble parece que los idólatras de la ciencia, arrastrados por sacrílegas miras, hayan venido á derrocar las columnas por ellos mismos levantadas. Pero lo cierto es que la lógica no es acomodaticia, y las consecuencias se derivan de las premisas sentadas tan naturalmente como la piedra busca su centro y el agua su nivel.

Alejandro, César, el Gran Capitán y Napoleón, con sus aguerridos ejércitos,

injustamente ostentarían en sus sienas la aureola de la heroicidad si todas sus batallas y triunfos no fueran otra cosa que la resultante mecánica de las fuerzas beligerantes. Recórrase la historia de todas las ciencias y artes, evóquese el recuerdo de las grandes figuras de cada una de ellas, hágase surgir de sus respectivos sepuleros los gloriosos nombres de Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, el Tasso, Cervantes, Calderón, Galileo, Kepler, Newton, Ampère, Mozart, Beethoven, Murillo, Velázquez... convóquese también á esta asamblea los hombres más sanguinarios, los más famosos bandoleros, las mujeres más desenfrenadas y abyectas, los tahures más encanallados...; y si los miramos á la luz siniestra del error que combatimos, resultan todos ellos completamente iguales; la brillante corona de los primeros y estigma de baldón é ignominia de los segundos desaparecerán á la vez, como se confunden y desaparecen los variados matices de escogida maceta y el vulgar verde

de un haz de heno al ser envueltos por las negras sombras de la noche. Repito que injustamente admiraríamos á los primeros y despreciaríamos á los segundos, porque la fuerza es siempre la misma; los rayos de luz no pierden su deslumbradora nitidez y pureza por iluminar inmundos lugares, ni ganan nada por abrillantar las galas y embellecer el rostro de aristocrática dama; la fuerza del viento no se envilece por jugar con las olas de fétida y turbia charca, ni se hace acreedora á timbre alguno cuando lleva entre sus ondas la exquisita fragancia de bien cultivado y florido jardín; el telar y la fuerza que le mueve en nada se diferencia cuando de él salen humildes percales y burdos paños, de cuando salen delicados encajes y ricos brocados. Si la ciencia de Platón y Aristóteles, sabiduría y santidad de San Agustín y Santo Tomás, el genio artístico de Tasso, Calderón, Mozart y Beethoven, son *resultantes mecánicas* de fuerzas físicas, vanos é infundados son los encomios de ellos hechos

por haber dejado en pos de sí, al cruzar por el erial del mundo, perenne estela de blanca luz, de cuyos destellos todos podemos participar. Vanos habrían sido los esfuerzos de todos los sabios para impulsar y llevar adelante la carroza del progreso científico. Porque, ó las fuerzas anteriores vienen con dirección é intensidad convenientes para dar por resultante los descubrimientos, ó no; si se verifica lo primero sin empeño alguno por parte de los *hombres-máquinas*, es más, aunque fuese mal de su grado se harían los estudios con las resultantes científicas de que se gloria cada siglo; y en el caso contrario, los conatos humanos en pro de la ciencia serían tan inútiles y desatinados como si una máquina destinada á hacer fideos, y provista de la correspondiente pasta, forcejease por sacar de ella levitas de finísimo paño.

No sacaré á colación otros muchísimos absurdos lógicamente derivados de la presuntuosa teoría que en nombre de la ciencia quiere, insensata, despojar al hombre

de su más glorioso timbre, confundiéndole con material volante que sólo se mueve cuando al maquinista se le antoja enviar vapor al cilindro; creo que la sola expuesta es suficientísima para desenmascarar á la mejor embozada y más alucinadora que concebirse pueda.



II

Distínguese asimismo el espíritu humano de las fuerzas físicas, porque en aquél hay unidad de operación y en éstas sucede lo contrario.

Si por la manera de comenzar el alma humana sus acciones se diferencia esencialmente de los *grandes agentes de la naturaleza*, atendiendo á sus respectivos modos de obrar, nos convenceremos de que entre una y otra existe un abismo infranqueable. Ya queda dicho que en las fuerzas materiales existe equivalencia completa entre el efecto y la causa. Me place insistir en esta idea porque es muy fundamental, y por eso mismo no tan fácil de ser expuesta en sucintas palabras.